

UNA MIRADA A LA LITERATURA ALBANESA

RAMÓN SÁNCHEZ LIZARRALDE

La irrupción de Ismail Kadaré, allá por los años setenta, en la literatura europea desde la entonces aislada Albania, y la traducción de sus novelas ya a más de 40 lenguas, constituyó y constituye aún todo un fenómeno, relacionado naturalmente con la universalidad y el vigor de su obra, con las dimensiones de los valores que contiene, que la hacen valedera, al parecer, para toda la humanidad. Pero, como no podía ser de otra forma, el surgimiento de un escritor de tales proporciones, por mucho que se deba insistir en su individualidad, se produce en el seno de una lengua y una literatura que, si bien en el campo que nos ocupa no habían alcanzado hasta entonces tales cotas, habían dado muchas otras obras destacables, incluso memorables, con anterioridad y, desde luego, continúan produciéndolas ahora.

Sin embargo, a diferencia de países como Francia, Alemania, Italia o Grecia, y como resultado de las específicas peculiaridades de nuestro sector editorial y de su público, en España se ha prestado escasa atención a otros autores albaneses de ayer y de hoy —como pusimos de manifiesto en una feliz reunión de escritores albaneses y traductores de esa lengua a otras europeas, celebrada recientemente en la ciudad de Shkodër—. Afirma esto quien, por otra parte, se ha ocupado no sólo de traducir al castellano la casi totalidad de los textos literarios albaneses que se han publicado por aquí, sino también de intentar convencer a editores y periodistas literarios de la existencia de un universo vital y estético como poco relevante en la lengua albanesa.

Por eso, cuando Sabas Martín, en oficio de entusiasta promotor y buscador de colaboraciones para esta revista, me ofreció la posibilidad de publicar en ella una pequeña muestra de literatura albanesa, acepté encantado de inmediato y puse manos a la obra para traducir y preparar la gavilla de textos que siguen, a modo de mínima y modesta presentación de unas letras que a mi juicio merecen atención por parte de los amantes de la literatura. Vaya pues mi agradecimiento a Sabas y a la dirección de la revista por esta oportunidad, y espero no defraudarles a ellos ni a los lectores tanto con la selección de los autores y obras como con su traducción y presentación.

Resulta imposible aquí referir siquiera los momentos esenciales de la historia y desarrollo de la literatura en lengua albanesa, pero como, por desgracia, no existe en España libro ni publicación alguna –fuera de parecidos cuadernos o muestras publicados en otras revistas literarias– que dé mínima cuenta de ello, trataré de ofrecer algunos datos esenciales que sitúen al lector ante el fenómeno.

El albanés es una lengua perteneciente al tronco indoeuropeo, que constituye una rama aislada de él, sin relaciones de filiación con ninguna otra, aunque con variados y abundantes influjos léxicos de las que la han rodeado históricamente (latín, griego, italiano, turco, varias lenguas eslavas...). Si bien su historia no ha podido ser reconstruida más que en parte debido a la escasez de vestigios escritos, parece fuera de toda duda que descende de alguna de las lenguas ilirias que hablaban los antiguos pueblos así llamados y que habitaban extensos territorios de la península balcánica antes de la invasión romana. Aunque comenzó a ser escrita en la edad media –en competencia con el latín y el griego–, la invasión otomana de la región interrumpió el proceso, de modo que, hasta el siglo XIX, quedó relegada como lengua culta a los usos religiosos de la Iglesia católica, sobre todo en el norte de la actual Albania. Es así como puede cifrarse el arranque de tal literatura escrita en dicho siglo, a partir del llamado Renacimiento Nacional (se-



mejante y sólo un poco posterior a los experimentados por otras lenguas y pueblos balcánicos). Digamos, no obstante, que el primer poema de la literatura albanesa propiamente dicha se deberá al religioso Leke Matrenga, quien en 1592 publicó *La canción de los suspiros*. Otros clérigos católicos continuarán, en albanés y en latín, esa labor literaria entre los muros de los monasterios, durante los siglos XVI y XVII: Pjeter Budi, Frang Bardhi y Pjeter Bodgani, este último obispo e iluminado poeta, quienes evidencian el esfuerzo de vinculación de cierta intelectualidad albanesa con las corrientes intelectuales y artísticas que se desarrollaban en el mundo europeo del Renacimiento y posterior.

Sin embargo, como resultado y





Helena Kadaré / Ramón Sánchez
Miza Meksi / I. Kadaré / Desconocido.

expresión de la continuidad y pujanza del albanés como lengua hablada de uso popular, durante todo ese tiempo se gestó una impresionante y bien rica literatura de transmisión oral que ha llegado hasta nuestros días. Se trata, por un lado, de la llamada épica legendaria, que permaneció viva hasta bien avanzado el siglo XX (aún queda algún rapsoda que la canta en las montañas del norte) y constituye un verdadero monumento humano y literario, en particular el *Ciclo de los paladines*, con fuertes y reconocibles raíces en el mundo antiguo. Así como las baladas, cantos lírico-dramáticos compuestos para ser cantadas al modo polifónico, sin acompañamiento instrumental; la épica histórica¹... Otra veta de tal literatura oral, como sucede en mu-

chos otros pueblos, está constituida por los cuentos populares, mucho más maleables a influencias de toda suerte, aunque parecidamente ricos y sugerentes².

En el siglo XIX, como decía, se produce el llamado Renacimiento albanés, movimiento patriótico de expresión tanto política como cultural que, ya bajo el influjo de las corrientes intelectuales internacionales, acabará de consolidar el idioma y producirá un notable salto en la evolución de la literatura de expresión albanesa. Sus integrantes, albaneses del interior y de la diáspora, entre los que nombraré a Jeronim de Rada, Naim Frasheri, Ndre Mjeda, Andon Zako Çajupi y Zef Serembe, serán hombres de notable cultura, educados en las universidades europeas o turcas, y consagrarán sus esfuerzos a la poesía y al teatro, en los que —sobre todo en la primera— alcanzarán grandes logros. Su aspiración consistirá en proporcionar un sueño a Albania, un sueño cantado en albanés, y para ello se aplicarán a revivir la Albania anterior a los turcos, el mundo medieval de la Arbería, poblado de condes y barones, de castillos e iglesias, a semejanza de otros países europeos. Su principal aportación es, junto con la fundación de la lengua literaria, el rescate de la lengua albanesa en general, en torno a la que pusieron en marcha un movimiento masivo que condujo, por un lado, a la apertura de una red de escuelas en albanés, y por otro al proceso de unificación y normalización



del idioma –fragmentado en múltiples hablas y dialectos– que desembocará en el congreso de Monastir en 1908, donde se establecerán unas reglas ortográficas y gramaticales y se iniciará un proceso de depuración.

Es con el siglo XX, con los escritores que comienzan a trabajar antes de la ocupación fascista, cuando la literatura albanesa acaba por integrarse en las corrientes mundiales, si bien continuará pagando su precio por la afirmación nacional nunca rematada. Prosigue el desarrollo de la poesía, que alcanza sus más altas cotas con Fan S. Noli (poeta, revolucionario, fugaz primer ministro democrático en 1924, obispo ortodoxo, musicólogo, erudito y deslumbrante traductor: Shakespeare, Cervantes, Omar Khayam), y sobre todo con Lasgush Poradeci, autor de una obra lírica bellísima de gran complejidad verbal y conceptual, y difícilmente descifrable en otros idiomas, cuya dignidad obstinada e independiente frente al doctrinarismo brutal del régimen de Enver Hoxha, lo mantendrá aislado hasta su muerte en los años ochenta. Fishta, clérigo reaccionario, nacionalista de la Albania eterna hasta la xenofobia, intentará una “épica total” de la historia albanesa con su *El canto de las montañas*; Faik Konica, hombre de gran cultura y mecenas de Apollinaire, se burlará agriamente de su país y su pueblo, dejando algunos relatos memorables. En otro territorio escribirá su obra, verdadera acta fundacional de la narrativa albanesa, Mitrush Kuteli, seudónimo de Dhimitër Pasko, cuya novela corta *El otoño de Xheladin bey* vio la luz en español junto con otros relatos en 1995 (Ediciones del Oriente y el Mediterráneo). Es preciso mencionar también a Millosh Gjergj Nikolla, *Migjeni*; de formación paradójicamente eslava aunque apasionado indagador de los rincones más oscuros de su gente, inaugura la modernidad en sentido estricto, aunque su muerte prematura privará a la literatura albanesa de una aportación superior. Su obra poética, *Versos libres*, y sus relatos, *Crónicas de una ciudad del norte*, figuran entre las joyas de la literatura en su lengua.

El régimen instaurado tras la ocupación nazi, en 1944, marcará decisivamente el desarrollo de las letras albanesas, interrumpiendo durante varias décadas algunas de sus líneas de desarrollo e impulsando de forma exclusiva aquella que, a juicio de los dirigentes del país, encajaba en los preceptos del denominado “realismo socialista”. La universalización de la enseñanza primaria, la apertura de la Universidad, la atención –el control estricto– del Estado a la vida cultural y su necesidad de contar con quienes le hagan la crónica panegírica, darán como resultado –en el campo que nos ocupa– la aparición de un verdadero ejército de escritores y escritoras –escasas éstas–, entre los que acabarán fructificando viejas y ocultas semillas, al mismo tiempo que otras se extinguirán. Desde luego, al igual que en otros casos semejantes, toda una corte de escritores mediocres se apuntan a hacer

las loas del poder y ganan así unas glorias oficiales que nunca la literatura ni los lectores les habrían concedido; de cualquier modo, tanto entre los que ya escribían con anterioridad como entre los que comienzan ahora, merecen ser mencionados, entre otros, Petro Marko (*La última ciudad, La estación de las armas*), Dhimitër Xhuvani, Jakov Xoxa, Zija Çela (*La sangre de la golondrina*), Martin Çamaj en el exilio (*Las antorchas de la noche, Soles*), Xhevahir Spahiu (poeta prolífico y brillante), Bardhyl Londo..., algunos de los cuales continúan escribiendo en la actualidad. Otros, como es el caso de Kasem Trebeshina, quien pasó la mitad de su vida en prisión, no conseguirán que sus libros vean la luz hasta la caída del régimen, en 1991. La literatura de los albaneses de Kosova, Macedonia y Montenegro sigue otros derroteros, marcados por la opresión nacional y el afán de resistencia, aunque con no pocos puntos de contacto. Rexhep Qosja (*La muerte me viene de esos ojos*), Ali Podrimja (autor de una extensa obra poética) y Azem Shkreli, son algunos de los más notables.

En cuanto a Kadaré, pertenece a un grupo generacional entonces denominado “de los sesenta”, momento en que, tras la irrupción y dominio de los criterios literarios soviéticos, se inicia un proceso de renovación (limitado por las imposiciones sectarias del poder) que tiene como características esenciales, por un lado la recuperación de lo mejor de la tradición literaria albanesa, y por otro la asunción de los avances e indagaciones de la literatura mundial, particularmente europea, junto con la encarnación literaria de la vida urbana. Dritëro Agolli (*Esplendor y caída del camarada Zylo, El hombre y el cañón*) y una abundante obra poética, Fatos Arapi (ante todo poeta), Drago Siliqi (poeta y editor) e Ismail Kadaré serán los miembros más destacados de ese grupo, cuyos puntos de contacto, como suele suceder, son más político-sociales –en sentido amplio y en el momento inicial– que literarios. El hecho es que Kadaré pronto se destaca como una voz aparte, dotada de personalidad propia y de un vigor muchos codos por encima de sus compañeros.

No me detendré aquí en la obra del escritor que, sin espacio alguno para la duda, constituye la más alta cumbre de las letras albanesas hasta hoy. Su obra, que he tenido el placer y la satisfacción de traducir, está ampliamente editada en castellano, y continúan publicándose los libros que, a ritmo endiablado, entrega cada año a la imprenta. Apuntaré que, en conjunto, dicha obra se compone de más de cincuenta títulos repartidos por todos los géneros, de la narrativa al teatro, del ensayo a la poesía, del testimonio autobiográfico al panfleto político. Destacan entre sus novelas *El palacio de los sueños, El año negro, Crónica de la ciudad de piedra, El nicho de la vergüenza, El puente de tres arcos, El viaje nupcial, El concierto, El invierno de la gran soledad...*, todas ellas traducidas a nuestra lengua.



Kadaré es, como decíamos, la más alta cumbre de las letras albanesas, sobre todo del género literario por excelencia de la sociedad actual: la novela. Su influjo aún está por medir: se encuentra demasiado próximo el presente, y para su análisis será preciso que se despejen muchos nubarrones y prejuicios extraliterarios. Por otro lado, en las circunstancias en que el fenómeno se ha producido, sin duda ha contribuido durante un tiempo –al margen de los deseos del propio autor– a la paralización de otros estilos e individualidades, pues la suya es, según se ve, una “escuela”, que se cierra en sí misma, que se limita a su solo fundador y que, por tanto, sólo puede empujar a quienes le sigan al triste papel de epígonos.

Tal situación de *impasse*, sin embargo, parece ya superada en los últimos años. No sólo se produce una notable variedad en cuanto a inclinaciones, tendencias y objetivos –como he podido observar de nuevo en la citada reunión el pasado mes de octubre–, sino que ya han aparecido individualidades perfectamente asentadas y diferenciadas, con obras de fuerte aliento. Es el caso, en primer lugar, de Fatos Kongoli, quien ha sido distinguido recientemente con el prestigioso Premio Balkanica, en Sofía, y que, con su tetralogía *Las prisiones de la memoria*, ha conseguido un buen éxito de crítica y público en su país, además de en Francia, Italia, Alemania, Polonia. Su última novela, *La piel del perro*, confirma la solidez de su propuesta narrativa. También el ya citado Zija Çela (*Mi oscura sangre*, es su último título), de larga trayectoria, así como Virion Graçi (*Locos en el paraíso*), sin olvidar a Bashkim Shehu, residente desde 1997 en Barcelona y del que se han publicado en castellano *Confesión junto a una tumba vacía* (Península, 1998) y *El último viaje de Ago Ymeri* (Meteora, 2001). Otras obras suyas como *El círculo* y *Orfeo en Zululandia*, han obtenido diversos premios.

En cuanto a la poesía, antes de que tornemos farragoso este vistazo necesariamente esquemático y para terminar, debemos citar además a Mimoza Ahmeti (*Delirium*, Maremoto, 2002), a Luljeta Lleshanaku, Agron Tupa, Gentian Çoçoli y Ervin Hativi (de estos tres últimos aparecerá en breve una antología en la citada Maremoto).

1. Hasta el momento, pese a mis insistentes esfuerzos, no he encontrado editor que se comprometa en la publicación de esta estremecedora epopeya.

2. Puede verse en *Cuentos populares albaneses*. Miraguano. Madrid, 1993. Edición preparada por mí; y próximamente *El agradecimiento del muerto y otras historias*. Alberdania. Irún.